

MARÍA MILLARES CUBAS

(1858 - 1928)

No sólo merecen citarse entre los Millares aquellas personas que por su formación o situación en la vida destacaron más. Hay quien, por su modestia y sencillez, pasa desapercibido entre muchos de sus contemporáneos y, hasta casi podría decirse, de la familia.

Entre estos sobresale María Millares Cubas, mujer dotada de tan excepcionales cualidades humanas que hoy, a través de los muchos años de su desaparición, continúa vibrante su recuerdo.

Difícil poder definir exactamente cuál fue el lugar que ocupó dentro de su familia. Soltera, con pocos medios económicos, estas dos situaciones negativas parecían haberla designado a ocupar un segundo plano.

El desinterés por su propia vida, entregada de lleno a dar mucho y recibir poco, le situó —sin ella saberlo, ni mucho menos proponérselo— junto a los valores indiscutibles de los suyos.

De inteligencia rápida, supo recoger del ambiente que le rodeó aquello que pudo proporcionarle un mayor aliciente a su espíritu, ávido de aprender. Llegó a poseer una cultura poco común para la época en que vivió —hablaba y traducía el francés— aisladas entonces las mujeres del mundo masculino, en plena mitad del siglo XIX.

Educada en una familia de ideas claras, definidas, con una moral basada en el respeto y la estrecha unión, dando a cada cual su responsabilidad, valorada por la propia conciencia y la inteligencia, supo separar con aguda claridad en qué consistía el bien y así escogió para ella el dar. Dar a manos llenas y entregarse con tesón a cuanto le estuviera o no encomendado, dentro de su mundo.

Tuve la suerte de vivir junto a ella los veinte primeros años de mi vida y puedo asegurar que no sólo no la

vi nunca enfadada ni malhumorada, ni siquiera con ese gesto de dureza que ponen algunas personas para demostrar su descontento. Su mirada fue siempre generosa, como tratando de disculparse por no poder llegar mejor a comprendernos y ayudarnos. Jamás la oí quejarse, ni pedir nada, ni ofenderse, ni disgustarse por algo que no consiguió.

Cuando empecé a darme cuenta de su persona, era ya una mujer madura, completamente entregada a nosotros y apenas pude valorarla.

Poco a poco, al ir descubriendo sus sentimientos y reacciones, pude situarla como lo que realmente fue: un ser excepcional.

De su vida de joven sabíamos lo que ella, a través de mil anécdotas, nos contaba. Anécdotas unas vividas por ella y otras por la familia: tan grabadas las llevo que muchas veces he creído ser yo la protagonista.

Su conversación —siempre en tono moderado— era deliciosa. Recuerdo cómo me gustaba que se sentara a mi lado, cuando estaba enferma —de niña y de joven— primero para que me cantara *Señora Santa Ana* y luego escuchándole.

Mientras nos hablaba sus manos estaban constantemente en movimiento tejiendo, con la aguja de crochet, labores diversas, siempre de hilo finísimo, que luego regalaba a los suyos en fechas especiales.

De su brazo colgaba un cestillo de paja con la labor y un libro que leía en los ratos que la dejábamos sola por no estar nunca desocupada.

Usaba lentes de oro —era muy miope— que llevaba cogidos por fina cadenita prendida a su blusa. Cuando se reía o emocionaba, hacía un movimiento apenas perceptible y los lentes caían sobre su pecho.

Salía poco y casi siempre cuando lo hacía era para ir a acompañar a alguien que la necesitaba.

Conservaba sus amistades de juventud, las pocas que le iban quedando: las niñas de Barry (Matilde y Mariquita) y las de Farinós que vivían muy cerca. A estas dos familias las quiso siempre mucho.

Pero lo que la distinguió aún más que su conversación fueron sus cartas. Escribía con suma facilidad y para ella

era un placer hacerlo. Las anécdotas, las observaciones finas, las reflexiones profundas, los hechos felices salían de su pluma sin trabajo y siempre en la forma más propia para hacerlos valer uno a uno. Su estilo era rápido, ligero: como nunca hubo en ella proyecto de vanagloria, ni pedertería, ni énfasis, lo que escribió —imprevisto— salió espontáneamente: las observaciones generales que comentó dieron a sus cartas un mérito más. Si estas cartas se conservaran podríamos encontrar en ellas narrada, en vivos colores, todo lo que fue la vida canaria de entonces.

Su correspondencia más constante —años y años— la sostuvo con sus hermanas (Manuela y Rosa) y con Lolita Champsaur (así llamaba a su sobrina, tan querida, hija de su desaparecida hermana Dolores).

Las que a mí me escribió se perdieron casi todas en mi casa de Madrid durante la revolución del 36.

De las poquísimas recuperadas, entresaco dos noticias curiosas para la isla. Dicen así:

24 marzo 1925.

...En estos últimos días han habido dos acontecimientos populares en Las Palmas. El lunes, veinte y tres, llegó de la península el Alcalde, don Federico León y la comisión que fue con él, en donde iban Ortíz y Sintes. Desde el día anterior se empezó a hacer propaganda con música y voladores. Llegaban a las ocho de la mañana y como yo ese día me encontraba bien de la cabeza, decidí ir a casa de Barceló a ver pasar la comitiva. Bernardo y Berna fueron a recibirles. Las calles estaban todas llenas de gente y la banda de música del Asilo las recorría todas. Las ventanas y balcones engalanados con cortinas y mujeres guapas y ¡feas! Fue un recibimiento apoteósico y soberbio. Todos los Ayuntamientos de la isla, con banderas y música. El Alcalde iba con el presidente del Cabildo y el Delegado. Estaba muy conmovido; cabeza descubierta y saludando a uno y otro lado. En la plaza de Santa Ana dicen que había una multitud enorme. Se asomó al balcón del Ayuntamiento y discurso tenemos. Le ovacionaron. En fin, ha sido un triunfo grandioso. Los periódicos vienen llenos de reseñas. Los mandaré a la Habana en donde los apreciarán mucho: ¡La división de la provincia! ¡El sueño dorado de los abuelos!

Abril 1925.

...Ayer tarde fuimos a visitar a don Emilio Ley que ha llegado de Barcelona en donde se ha operado. La operación ha sido tremenda. Creyeron se moría. Pero, después de una larga convalecencia ya está completamente bien y tomando alimentos que nunca soñó volvería a probar. La familia está radiante de felicidad. Pasamos un rato muy agradable. La casa, como ya saben, está preciosa. El jardín una delicia. Los alrededores están todos en edificación. No se ven sino palacetes a medio construir; muchos jardines ya floridos.

Todas las personas conocidas están edificando en las Alcaravaneras.

Poseía un gran sentido del humor que no empleaba en la crítica sino en resaltar, condescendiendo, los defectos que descubría.

Gran conocedora de la música, buena pianista, tocaba cuanto le pedían y acompañaba con gran seguridad, siguiendo con rapidez al ejecutante, aunque decía: ¡Cuántas notas me comí!

A ella debemos no sólo el amor a la música —del cual todos participaban en nuestra casa— sino el aprendizaje musical, la técnica diaria del ejercicio, que con su presencia hacía más fácil.

Nunca salió de la isla, pero como leía mucho, con imaginación, viajó —según nos decía— sólo con esto: su fantasía. Incluso se preparó para grandes viajes al Polo o a la selva privándose, en los apacibles días de su vida canaria, de aquellas cosas que podrían ser una tara para sus imaginarios viajes.

El año 98, cuando se perdieron las colonias, al ver destilar las tropas isleñas rumbo a Cuba, dijo a los sobrinos que contemplaban desde un balcón aquel triste desfile: «Grabaros esto bien. Será un acontecimiento histórico». Los isleños temiendo entonces una invasión americana —rumores caseros— enviaron sus familias al interior de la isla. María quedó en su casa de la calle de la Gloria. Todos los días, al atardecer, subía a la azotea con unos anteojos grandes y contemplaba el horizonte hasta bien

entrada la noche: quería ser la primera en presenciar la entrada de los navíos extranjeros en el puerto.

En contraste con esta increíble audacia imaginativa, era frágil, tímida, miedosa, incapaz de tomar una resolución sin consultar antes.

Pero esto sólo en las cosas pequeñas. Frente a los grandes problemas de la vida —de los muchos que le tocó vivir— se mantuvo eficaz y serena. Cuidaba al enfermo con gran ternura y le ayudaba no sólo con su esfuerzo físico sino con su palabra animosa. Pasó por grandes penas. Penas terribles y dolorosas. Vio morir en plena juventud seres muy queridos; primero su hermana Dolores, su hermana mayor con quien tan unida estaba. Años después la trágica desaparición en el mar de Baltasar, su sobrino.

Estas pruebas crueles en vez de hacerla indiferente, la fortificaron para ayudar aún más a los que la necesitaban y sufrían.

Padecía unos dolores agudísimos de cabeza que la postraban completamente.

—Ya tengo mi jaqueca —decía.

Y aceptando el dolor, casi a diario, desaparecía en su habitación. Nosotros continuábamos haciendo lo que fuese: jugando, cantando, corriendo, bailando. Nunca nos censuró.

Cuando reaparecía, con rostro cansado, su misma maravillosa sonrisa iluminaba su cara.

—Ya me encuentro mejor.

Esta deliciosa persona que perdimos hace tantos y tantos años, no necesitamos nada para seguir recordándola. Es cierto que nos quedan sus preciosos encajes de crochet (cotizados sólo por los de nuestra generación). Interiormente llevamos la fuerza incomparable de su callada abnegación y bondad, guía luminosa de nuestra vida.

La magnífica lección de humildad que a nuestro lado tuvimos años y años, fue como un premio —incomprendido entonces— que ahora, en la madurez, nos ayuda, con la enorme fuerza del recuerdo, a soportar injusticias y desengaños y a valorar lo que significó tener cerca un temple semejante.

MARÍA ROSA DE LA TORRE MILLARES

UN DESTINO

Cuando la conocí (es decir, cuando me di perfecta cuenta de su personalidad) era una mujer madura. No tenía nada que agradecer a la naturaleza en cuanto a su aspecto físico. Pequeña, regordeta con una cara desproporcionada en relación con su cuerpo donde resaltaban unos ojos saltones, era francamente fea, mas tenía la gran ventaja de no darse cuenta de ninguna de sus imperfecciones. Su espíritu, en cambio, luchaba entre dos aspectos, encontrados: su torpeza natural y su fantasía, hija de una educación junto a un padre ejemplar e inteligente. Por eso su personalidad era extrañamente curiosa. Allá en sus más íntimos sueños suponía que podía obtener de la vida todo cuanto una mujer espera siempre. Amor, hombre, hijos. Sentía una verdadera lástima de ella. En cambio, ella me profesaba, pese a nuestra diferencia de edad, un cariño que no sé si era sincero, pero que quizás fuese la clase de cariño que ella podía dar. Me contaba cosas extrañas que luego me aterraban, tales como que la luna se acercaba a gran velocidad hacia la tierra y que el inevitable encuentro de ambos astros provocaría el fin del mundo, y que si pensáramos serenamente en el YO y el por qué existíamos nos volveríamos irremediabilmente locos. Y así miles de cosas mal digeridas —supongo— de lo que oía contar a su ilustre padre, siempre atento a toda curiosidad y progreso del tiempo en que vivió. Me paro a pensar qué me hubiese contado hoy con los nuevos adelantos nucleares y espaciales.

Sonó y pensó tanto dentro de su complicado mundo espiritual que creyó firmemente en una felicidad sencilla que no obtuvo, muy lejos de todas estas lucubraciones, y que hubiese sido su máxima dicha. Crear, como los demás, una familia. Para más desconsuelo le tocó competir en su juventud con amigas y parientas hermosas, y vivió sus

dichas y felicidades como si fuesen propias, incluso imaginándose protagonista de novela, hasta creer que algunos enamorados de otras habían sido antes sus repudiados amores. Así evitó el sentirse desgraciada e infeliz. Brillaba con tal fuerza aquella luz potente de su imaginación, que suavizó todo lo feo y duro de su vida. Pobre farol de falsa luz, y cuánto debió ocultar allá en sus sombras.

La perdí de vista algunos años. Salió de la tierra, y un día apareció de nuevo en mi vida. ¿Quién era esta mujer? Tardé en reconocerla. Los años despiadados se habían marcado crueles en sus ya poco favorecidas facciones. Su cuerpo había empequeñecido y sus ojos eran aún más salientes, cansados ya de buscar imposibles. Vestida de negro y derrotada era un despojo humano bien lamentable. Mis ojos se llenaron de lágrimas ante el cúmulo de recuerdos olvidados que me despertó. Volvía a la tierra con unos parientes lejanos y con el solo deseo de morir en ella. ¿Dónde estaba aquella rugiente fantasía suya? ¿Cuántas renunciaciones y desengaños la habían ahogado y estrujado al correr del tiempo y de los años?

La visité con frecuencia y una soleada mañana de otoño me anunciaron su muerte. La encontraron sin vida en su cama. Movida por un sentimiento de verdadera pena fui a acompañarla en el último día de su estancia sobre la tierra antes de que ésta se la tragara para siempre. Entré silenciosa en una oscura sala donde apenas habían tres o cuatro personas. En el centro estaba ella más empequeñecida y sola que nunca. Pero ¿qué significaba aquella enorme caja donde descansaba? La explicación que me dieron fue bien sencilla. No se había encontrado otra.

Me senté temblando, abrumada por una intensa emoción y creí me desmayaba. Todo se nubló ante mí y me sentí fuera del mundo, y vi entonces como si pequeños seres misteriosos se apretaran y confundieran junto a ella en un afán inútil ya de hacerle compañía, y QUISE comprender. Eran sus ilusiones, sus amores, sus hijos, la dicha, la belleza, la inteligencia, todo lo que faltó a su pobre existencia.

Volví a la realidad. También mi fantasía me había jugado una mala pasada. Nada había cambiado en la es-

tancia. Todo seguía igual: oscuro e indiferente. Las pocas personas que allí estaban se habían dormido.

¿Qué había sucedido?

Sólo que la muerte generosa quiso darle anchura en el largo camino oscuro hacia la eternidad. Algo le había sobrado al fin. Unas tablas de más en su modesta caja.

ELISA DE LA TORRE Y MILLARES